

**REFLEXIONES PERSONALES**

**Dr. Daniel E. Nijensohn**

MD, MSc, PhD, FACS, FAANS

Associate Clinical Professor of Neurosurgery, Yale University, New Haven,  
Connecticut, USA.

Emeritus Chief of Neurosurgery, St. Vincent's Medical Center, Bridgeport,  
Connecticut, USA.

Honorary Staff , Bridgeport Hospital, Bridgeport, Connecticut , USA.

Former Staff, Yale New Haven Hospital and Yale Gamma Knife Center, New Haven,  
Connecticut, USA.

Past President, Connecticut State Neurosurgical Society.

Founding Member and Senior Neurosurgeon, Brain, Spine and Nerve Center,  
Bridgeport, CT, USA.

Correo de contacto: [nijensohn@aol.com](mailto:nijensohn@aol.com)

Uso el privilegio de autor, la perspectiva de los años y el estadio de mi vida profesional y personal para verter algunos comentarios personales en esta contribución que esperamos corone con broche de oro la serie de artículos sobre neurocirujanos argentinos en el mundo.

Cuando sugerí a mi joven y brillante colaborador, el Dr. Luis E. Savastano, emprender este proyecto, fue en parte con la intención de profundizar mi conocimiento sobre las vidas y contribuciones de este puñado de colegas distribuidos en espacio y tiempo que han compartido conmigo el sentimiento común de nuestro pasado argentino y que se habían radicado a través del mundo ejerciendo nuestra especialidad médica de la neurocirugía. Por supuesto también ha sido nuestro propósito analizar y compartir esta información con nuestros colegas argentinos y de ese modo ampliar y profundizar los estudios publicados sobre la historia de la neurocirugía argentina.

Como un estudioso de biología, historia, sociología y economía, soy muy consciente de las importantes fuerzas naturales que gobiernan migraciones y desplazamientos humanos y también de otros animales.

A nivel personal, ya hace mas de 40 años que como flamante médico de 23 emprendí mi viaje a Norteamérica, con el objetivo de entrenarme en el campo elegido dentro de la medicina: la neurocirugía. Mi atracción por la especialidad veo que fue compartida por el resto de los biografiados y por supuesto por los colegas argentinos, basada en el desafío de tratar de entender al órgano más humano, el cerebro, y el de pretender ayudar a nuestros pacientes usando las técnicas quirúrgicas más difíciles y avanzadas. En mi caso, reconozco que mi motivación de viajar era 99% de índole profesional y quizás acepto una cierta ingenuidad ya que en ese entonces no figuraban mayormente influencias sociales, políticas, religiosas o económicas. Mi propósito era el de regresar a mi país natal luego del entrenamiento.

A nivel familiar, me sabía amado y mimado por padres y hermanas. Gozaba de un gran núcleo familiar de tíos y primos y de un reducido pero estrecho grupo de amigos y compañeros con los que había compartido mi infancia, adolescencia y juventud. Conocía y amaba la Argentina en general y Mendoza en especial. Había estudiado con profundidad su historia y geografía. Había visitado el Norte, el Sur, atravesado las Pampas y veraneado en la Costa Atlántica. Había vislumbrado la majestuosidad de nuestra Patagonia y cruzado varias veces los imponentes Andes en camino a la hermana Chile. Mi amor por Mendoza me había llevado a completar un programa como Guía de Turismo en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo que agregó información local a mi formación enológica adquirida en el Secundario en el Liceo Agrícola, también de la UNCuyo. Por cierto, esta formación temprana me ha dado gran placer a través de mi vida adulta, culminando este hobby con mi actuación como conferencista de abordaje en cruceros sobre temas generales de biología, en especial ornitología, y de historia y geografía, así como de navegación marítima del Continente Sudamericano.

También había tenido la fortuna de haber crecido y estudiado en un país orgulloso (muchos de nuestros amigos latinoamericanos nos criticaban de vanidosos), limpio, educado y con instituciones elitistas. En todos los ciclos educacionales sentí que la mía había sido una educación de primera, culminando con la que obtuve en la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad Nacional de Cuyo. Esta, entonces como ahora, contaba con un riguroso examen de ingreso para que selectos estudiantes ocuparan un número limitado de plazas. Esta también tenía como ahora pretensiones y merecidos reclamos de ser “escuela modelo”, con un distinguido núcleo de profesores (en mi época muchos de ellos Republicanos españoles refugiados en Argentina), y de haberse beneficiado junto con algunas otras en el Continente (como la de Cali en Colombia) de una fuerte ayuda económica de

fundaciones científicas filantrópicas como la Fundación Rockefeller. Presenció la participación activa de un grupo Sueco de cirugía cardiovascular que trajo la tecnología del Karolinska a Mendoza para desarrollar la especialidad en nuestra facultad. Mis esfuerzos habían sido reconocidos ampliamente, y había culminado mis estudios médicos con la Medalla de Oro de mi promoción. En Buenos Aires, había experimentado la vida de la gran Capital, la tradición e historia del Hospital de Clínicas y el brillo intelectual del Profesor Lanari y de sus asociados en el querido Instituto de Investigaciones Médicas.

También estaba yo al tanto del llamado “Primer Mundo”. En 1967 había viajado a Israel, inspirado por mi educación familiar judía y sionista, para ayudar como voluntario médico durante la llamada Guerra de los Seis Días. Allí trabajé en el Hospital Militar Tel-Hashomer, admirando un sistema médico más organizado y más técnicamente avanzado. Luego, pude visitar algo de Europa y atisbar el progreso del “Hemisferio Norte”. Por eso, cuando fui aceptado como interno en el afamado programa de Baylor en Houston, Texas, dirigido por el cirujano en ese entonces más famoso del mundo, el pionero cardiovascular y transplantólogo el Dr. Michael DeBakey, conocido por mi jefe del Clínicas, el Dr. Mario Brea, partí con la idea de invertir varios años de mi vida para entrenarme en neurocirugía y luego regresar a la Argentina. Ya mi idea era la de lograr entrenarme en la Mayo Clinic, siguiendo los pasos del Padre de la Neurocirugía Argentina, Manuel Balado y después volver a Buenos Aires o a Mendoza para ejercer la neurocirugía académica, hospitalaria y privada.

Había ya visto nubes en ese firmamento. Crecí bajo el Peronismo y en la escuela primaria leí “La Razón de mi Vida” e hice carpetas especiales en honor de Eva. En 1955 presencié la “Revolución Libertadora”. Como muchos de mi generación, el impacto mayor fue la caída del Dr. Illía y el gobierno del General Onganía y la “Noche

de los Bastones Largos”. Pero nuevamente, quizás por la enorme demanda física, intelectual y emocional del entrenamiento neuroquirúrgico en Minnesota (solíamos compararlo con el entrenamiento de un astronauta en la NASA), la primera mitad de la década del ‘70 pasó bajo mis ojos sin gran impacto. Fue cuando ya casi terminando mi residencia a finales de 1976, que al visitar Mendoza y a mi profesor de neurocirugía en la UNC, el Dr. Aníbal González en su despacho en el Hospital Central, fui impactado cuando luego de abrazarme me dijo: “Daniel, tenés un trabajo para mí en USA?”. Eso ya anticipaba la década de pesadilla que se avecinaba para la Argentina. También mi matrimonio en Rochester con mi esposa Goldie, oriunda de la Ciudad de México y el nacimiento de mis hijos en Minnesota, crearon una situación de distanciamiento con Argentina. Mis planes, sin embargo, continuaron sin gran cambio durante mi residencia en la Mayo. Encontré allí un sistema médico extraordinario, al que todavía considero el primero en el mundo en calidad. Allí encontré a un mentor, el Dr. Fred Kerr, también argentino. Fue en su laboratorio que completé los requisitos para obtener un Master of Science de la Universidad de Minnesota y todavía pensando en la Argentina, un Doctorado en Medicina de mi Alma Mater. Las circunstancias del momento en Argentina facilitaron la decisión de quedarme por un tiempo en USA. Sin embargo, nunca estuvo totalmente descartada la posibilidad de regresar y lo consideré seriamente cuando en los ‘80, mi amiga y ex compañera de Lanari, Leonor Gold, jefa de neurología del Británico, me invitó a Buenos Aires como conferencista con el propósito de tomar la jefatura del Servicio de Neurocirugía, recientemente dejado vacante por Juan Carlos Christensen.

Eventualmente adquirí la ciudadanía estadounidense (*“American”*) y me volví un gran admirador de esta democracia madura. También progresivamente me sentí identificado con la tradición de trabajo anglosajona y la responsabilidad característica de esta sociedad. Así mismo, poco a poco llegué a gozar la sensación de vivir en un

continente, muy diferente al de un país regular, comparable quizás únicamente con toda la Europa o con China.

Mi vida profesional y personal en Connecticut por ya 34 años ha sido muy satisfactoria. Desde un comienzo me afilié con la Universidad de Yale y logré establecer una enorme, variada y desafiante práctica neuroquirúrgica privada con un grupo de asociados que me identificaron como su líder. Tuve el placer de intervenir y ayudar quirúrgicamente a miles de pacientes, incluyendo a muchos colegas y a otros llegando del exterior, como de Argentina. Mis hijos crecieron y se educaron en un sistema educacional extraordinario y se han asentado en otros lugares de la Nueva Inglaterra donde desempeñan honrosa y dignamente sus profesiones. El lugar geográficamente es bellísimo, con cuatro estaciones bien definidas, cerca de centros urbanos como las ciudades de Nueva York y Boston y del mar, lagos, montañas y canchas de esquí.

Todo esto ha involucrado sin embargo, un desarraigo. Lejanía de familia y amigos. Un nuevo idioma que siempre será hablado con acento extranjero.

Hoy día la vertiginosa evolución de las comunicaciones manifestada por el Internet, realidad virtual, *Skype* y telemedicina, hacen que las distancias se hayan achicado. También la mejoría de los transportes hace que la separación sea más tolerable. Se puede escribir y filosofar mucho sobre este tema. El *Homo sapiens* es un animal que vive en grupos y que es territorial. Basta ver colonias de pingüinos o de hormigas para compararlas con las poblaciones humanas. También, como otros animales, ballenas y pájaros por ejemplo, somos migratorios. En cierto modo, mis colegas biografiados y yo hemos repetido la migración de nuestros abuelos. Nacimos y crecimos en un país de inmigrantes. Recuerdo en la escuela primaria que cuando la clase era interrogada por la maestra sobre progenitores, el 80% contaba con abuelos inmigrantes. También en mi caso repetí en cierto modo la experiencia de mi padre,

nacido en Buenos Aires pero trasplantado a Mendoza para ejercer su elegida profesión agronómica de edafología académica. En este trabajo también incluimos una discusión sobre el tema de “fuga de cerebros” versus el pensamiento más moderno de “embajadores culturales” y “diásporas”. Sin pretender comparar, los casos de Julio Cortázar, César Milstein, Martha Argerich, Lalo Schifrin, César Pelli, o Daniel Barenboim, por mencionar solo algunos, han sido y continúan siendo en balance de gran beneficio para el nombre de Argentina.

Cuando viajo por el mundo, en compañía de mi esposa Goldie, frecuentemente se me pregunta de dónde soy. Muy a menudo respondo: soy un “Connecticut Yankee”. La gente en general se muestra escéptica. Mi acento en el inglés me delata. Mi modo de vestir es argentino. Mi doble “rr” en el castellano es mendocina! Aunque mi hogar es efectivamente en la Nueva Inglaterra, me siento “Mendocino de Pura Cepa”. Para terminar quiero invocar al bardo, Rafael Obligado:

***Yo, que en la tierra he nacido  
donde ese genio ha cantado,  
y el pampero he respirado  
que al payador ha nutrido,  
beso este suelo querido  
que a mis caricias se entrega,  
mientras de orgullo me anega  
la convicción de que es mía  
¡la patria de Echeverría,  
la tierra de Santos Vega!***

Adéndum de “Reflexiones Personales de Neurocirujanos Argentinos” a la “Cuarta Entrega, Neurocirujanos Argentinos en el Mundo, Nijensohn DE y Savastano LE”  
Revista Argentina de Neurocirugía.